

# MUTACIONES EN LA PRÁCTICA HISTORIADORA: UNA EXPERIENCIA

## Mutations in historian practice: an experience

**SANDRA GAYOL**

Universidad Nacional de General Sarmiento/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina  
sandra.gayol@gmail.com

¿Cómo pensar mi oficio de historiadora? la invitación del Comité Editorial de *Prácticas de Oficio* implicó una inmersión retrospectiva en mi biografía profesional que comenzó a gestarse a mediados de los años '80 cuando ingresé a la universidad a estudiar historia. Era un momento de cuestionamiento de los grandes paradigmas interpretativos –fundamentalmente el marxismo y la escuela de Annales– pero especialmente ingresaba a una universidad devastada, como la argentina toda, por los estragos cometidos por la última dictadura. Si la disciplina en occidente revisaba los cimientos sobre los que había construido sus verdades, aquí debía volver a las universidades, en algunos casos ponerse a tiro con los debates más globales, e iniciar un proceso de profesionalización. Un abismo separa ése mundo, la argentina de mi adolescencia cuando empecé a tener un contacto cotidiano con la historia académica, con éste mundo en el que desarrollo mi práctica historiadora actual. El contexto político, por supuesto, también la reconstrucción institucional de las universidades públicas, la proliferación de nuevas y la jerarquización de las privadas en donde puede estudiarse historia; la generalización de los estudios de posgrado, el número de revistas de historia y, siempre fluctuante y hoy en jaque, la financiación pública de la investigación. Somos muchos más, si bien los datos son imprecisos, quienes hoy producimos conocimiento sobre el pasado en un campo disciplinar ya profesionalizado y muy polifónico. Estas referencias a la estructura no deben ocultar los cambios en el marco que contiene nuestra práctica intelectual de hacer historia. Me refiero al archivo, el documento, la relación con otras disciplinas y la escritura. A ellas me referiré en esta breve contribución.

XXXXXX

El archivo como institución que acumula, ordena, descarta, cataloga discursos sobre el pasado y sobre lo que se quiere guardar memoria es el templo de los historiadores. El Archivo General de la Nación (AGN) era, hacia fines de los años '80, una estación obligada en el viaje iniciático de una aprendiz de historiadora. Se iba, generalmente, al cuarto piso que albergaba el acervo documental del Virreinato del Río de la Plata,

documentos del poder ejecutivo nacional y judicial y correspondencia y archivos de algunos presidentes de la nación. Que el grueso de la consulta se realizara en el cuarto piso muestra, además del interés por la historia colonial, la primacía de los documentos escritos. Si bien los fondos documentales del AGN eran más diversos, y si nadie en voz alta pregonaba la mayor veracidad y autenticidad de los documentos oficiales, prevalecía la convicción de que la historia se hace con fuentes y que no había casi nada más que fuentes escritas. Impresos o manuscritos eran la materia prima básica para desplegar el trabajo de historiador. La puesta en valor, desde 2010, del acervo fílmico, sonoro y videográfico revelan –más allá de los intereses y lógicas propiamente institucionales y de la profesionalización de la archivística– las transformaciones en el campo académico. Hoy imágenes y sonidos –inscritos en diferentes materialidades– dejaron de ser, cuando lo eran, una nota a pié de página y son incorporados activamente a la reflexión e interpretación del pasado. Se han multiplicado los documentos que alberga el edificio archivo. Es decir, los textos que contienen vestigios del pasado y que son interrogados e interpretados por el historiador. Es como si los objetos con poder de significar alguna cosa que existió no cesaran de multiplicarse.

Mi primera experiencia en el archivo y con el archivo la realicé guiada por la consigna que me impartió uno de mis primeros formadores: “si no encontrás los documentos los tenés que inventar”. No imaginé que esta frase podría significar lo que creo sucede hoy: casi todo puede devenir documento. Esta profunda reconfiguración, este incremento vertiginoso –que lleva a preguntarse cómo conservarlos pero también cuál destruir primero– responde a la emergencia de nuevos temas, a la formulación de nuevas preguntas y al desarrollo tecnológico. Nuevas áreas de investigación –las mujeres, la sexualidad, las clases subalternas, la historia reciente, etc.– redefinieron los contornos, los contenidos y la cronología de la historia argentina. Si estos temas no pueden ser vistos como meras incorporaciones a las narrativas preexistentes, y aunque no siempre vinieron de la mano de cambios metodológicos y epistemológicos, sí provocaron una proliferación y expansión del repertorio de documentos

interrogados por los historiadores. La digitalización, que en algunos casos precede a la ampliación temática, puso a nuestra disposición materiales que no estaban a la consulta por su pésimo estado de conservación. ¿Cuánto se pierde del pasado en el presente al leer los textos en un dispositivo diferente al que tenían originalmente, y tal como lo conocieron y leyeron los contemporáneos? ¿Cuánto se perderá en un futuro por la obsolescencia de los programas de digitalización? Hoy podemos buscar un corpus mucho más amplio de textos digitalizados no solamente por palabras claves sino también a través de programas más sofisticados. Las herramientas digitales permiten manipular las fuentes de un modo nuevo: extrayendo información geográfica de los textos para crear mapas, superponer fotografías para ver los cambios en el paisaje y el entorno, o usar software de realidad virtual que permiten recrear espacios del pasado. ¿Cuánto hay de distanciamiento, de exploración, o de sobre interpretación? Las tecnologías nos habilitan nuevas relaciones, puestas en diálogo y asociaciones insospechadas años atrás. También modifican nuestras expectativas: la aproximación metodológica centrada en la lectura de un puñado de textos, y sin imágenes, parece hoy anacrónica. Este archivo de fuentes casi infinito, con evidentes efectos hermenéuticos, cambian a la institución archivo y, por supuesto, mi relación con los archivos.

Hay más archivos públicos, centros de documentación, bibliotecas con sus fondos documentales y se ponen en valor archivos diferentes a los institucionales, los personales. De este modo cartas, notas, cuadernos de viaje, dibujos...son pasibles de interrogación. Siguen vigentes las preguntas de qué personas, por qué, cómo y para qué. No se oblitera, tampoco, la relación entre historia y olvido y, tampoco se diluye el problema de las mediaciones, de los sistemas y criterios de clasificación, de la intervención y los consiguientes sentidos que soportan los documentos que serán interrogados por el historiador.

La "pasión por el archivo", legendaria entre los historiadores, parece estar asegurada. También el "fetichismo de los documentos". Los papeles amarillentos y de aspecto frágil, la dificultad y lentitud en descifrar caligrafías imposibles, la espera en sala de un documento que figura en el catálogo pero resulta inhallable, eran una estética de la ruina pero también una manera muy valorada para experimentar sensibilidades del pasado. Me recuerdo arengando mi pasión por el archivo y la necesidad de ir cotidianamente allí no sólo para consultar los materiales sino porque era también ahí, en el edificio archivo y rodeada de papeles, donde se me ocurrían las "mejores" ideas y donde podía mantener mejor mi fidelidad con el pasado. La visita al archivo era siempre objeto de ritual y de aprendizaje, tanto por su lectura como por su consulta exhaustiva, total. Al mismo tiempo, me doy cuenta ahora, había una brecha entre la administración del patrimonio y la investigación. No me interesaba, quizás la mayoría de los historiadores no nos interesábamos, en la manera en que se construyen cotidianamente los archivos. Durante mucho tiempo

no se me ocurrió la posibilidad de intentar pasar, al menos un día, en una repartición estatal o particular en donde se producían y se destruían cada día parte del material que quería consultar. La profesionalización de la historia, de la archivística, la inserción de egresados de la carrera de historia como trabajadores en los archivos, está contribuyendo a superar la relación formal –y de recelos mutuos- entre el "acopiador" y el "traductor" de documentos. Los historiadores en los últimos años hemos alentado y apoyado petitorios para "salvar" archivos institucionales, estallamos de felicidad cuando se ponen a la consulta nuevos fondos que generalmente derivan de la paciente y persistente persecución que realiza el personal de archivo. Nos volvimos a juntar a fines de 2016 en la oposición a la implementación del Sistema de Gestión Documental Electrónica (GDE) que ponía en riesgo el trabajo del personal de archivo y el patrimonio, y nos ratificaba que no se trata sólo de una cuestión de stock o de apertura de fondos, que los archivos –la mayoría de ellos- siguen siendo un subproducto de la administración cuyos funcionarios deciden en primera instancia qué queda.

Esta auspiciosa conjunción convive con un distanciamiento del archivo. Esto es, la consulta remota del material de archivo menguó mi visita a los archivos, aunque no mi pasión por la búsqueda de información y de indicios en los documentos. Hoy podemos acceder desde casa y obtener información de documentos que antes sólo podíamos consultar en el edificio archivo. Los museos, las encuestas sobre el campo, los testimonios orales, la observación, son también mis documentos, formas legítimas de obtener información y parte constitutiva de mi experiencia profesional. A su vez, los archivos no son más un atributo de la "tribu de los historiadores". Sociólogos y antropólogos, en primer lugar, hacen un uso creciente de "nuestros materiales".

XXXXXX

Las relaciones entre la historia y las ciencias sociales, en especial la sociología, tienen un largo pasado signado por el optimismo interdisciplinar, los desencuentros y los prejuicios recíprocos. Si Fernand Braudel había practicado y auspiciado la colaboración fértil entre la historia y las ciencias sociales, y si la historia social renovada a partir de los años '60 había venido de la mano de una creciente preocupación por propiciar una mayor interdisciplinariedad, la autonomización progresiva de las disciplinas y la profesionalización de los años '80 propiciaban el aislamiento disciplinar. A mediados de los años '90 un historiador tan conocido como excepcional, Giovanni Levi, al tiempo que alertaba sobre los "peligros del geertzismo" nos conminaba –en el seminario sobre micro-historia que dictó en la Universidad Nacional de Mar del Plata- a transgredir las fronteras disciplinares (Hourcade, E. y Godoy, C., 1995). Nos decía que la sociología, y también otras disciplinas sociales, se interesaban, como la historia, en comprender y explicar a Dios. La sociedad, Dios pagano de los científicos sociales, requería por su complejidad

de la confluencia e interdisciplinariedad cognitiva. Quienes empezábamos a interesarnos en la sociabilidad y la cultura ya teníamos a disposición los trabajos de Raymond Williams o Pierre Bourdieu. Llegaron más tarde, por ejemplo, los de Frédéric Barth, Richard Hoggart o Norbert Elias. En un debate muy francés y en el marco de “la crisis de la historia”, Roger Chartier sostenía en 1998 que si los historiadores querían ser escuchados debían tener la vocación de circular entre las disciplinas vecinas: literatura, geografía, filosofía (Chartier, R., 1998). A pesar de estos alertas predominaban, parafraseando a Peter Burke, los conflictos de vecindad entre la historia y otras disciplinas sociales. También la ignorancia recíproca.

Cada disciplina “en lo suyo y con lo suyo” profundizaba la fragmentación que provocaba la especialización y la consolidación de los campos disciplinares. La historia encontraba herramientas –circulaban manuales de metodología que nos enseñaban las “ciencias auxiliares de la historia”- y se quejaba por el desdén con que era leída, cuando lo era. La sociología remitía, más allá de la exitosísima incorporación del concepto de campo de Bourdieu, al estudio del tiempo presente, se quedaba en la generalización y privilegiaba la teoría por sobre la evidencia que emanaba del archivo. Para los sociólogos, quizás también para los antropólogos, los historiadores quedábamos prisioneros del archivo, expresábamos un empirismo tan aburrido como conceptualmente débil. Hoy casi nadie comparte una visión tan parroquial. La incorporación de nuevos temas de indagación por parte de todas las disciplinas, el corrimiento cronológico de la historia hacia el tiempo presente, la envergadura de los problemas a explicar y la incapacidad de “prever” ciertos acontecimientos; contribuyeron mucho a que hoy los clivajes disciplinares sean más difusos, a que se estén intensificando los préstamos y la circulación de conceptos, metodologías y prácticas. Sociólogos y antropólogos, las ciencias sociales en general, se interrogan mucho más sobre la historicidad propia de los fenómenos sociales que estudian, se remontan temporalmente hacia atrás para explicar mejor el presente que interrogan. Los “regímenes de historicidad”, propuestos por Francois Hartog, y la semántica de los tiempos históricos, propuesta por Reinhart Koselleck, alentaron una reflexión común interdisciplinaria de los tiempos históricos. La historia, en tanto pasado y contexto, está mucho más presente hoy en distintos campos del saber. A su turno, la preocupación por las prácticas sociales, el interés por el lazo social y el rescate del acontecimiento que dejo de ser, como creía Braudel, una “agitación de superficie” para convertirse en un posible punto privilegiado de mira llevaron, por ejemplo, a que los historiadores abandonemos la causalidad simple, la reversibilidad de los procesos, a que reconozcamos la capacidad de negociación de los actores, incluso de los más débiles. Momentos excepcionales, por ejemplo el escándalo social por un muerte violenta a un ser inocente, permiten una aproximación morfológica de la crisis que la muerte desencadenó. Este camino, que tomé prestado de la sociología, nos ayuda a diferenciar objetos, formas y escalas de análisis, sin desconocer los

desacuerdos y los conflictos, también los límites de tal aproximación.

Hoy varios historiadores, también sociólogos y antropólogos, así como en ocasiones también comunicadores sociales, egresados de la carrera de filosofía y letras y politólogos, tendemos a compartir coloquios, integramos proyectos de investigación y escribimos libros a “cuatro manos”, aunque bastante menos. Se diseñan e implementan exitosamente programas de formación de posgrado interdisciplinarios (el posgrado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento – Instituto de Desarrollo Económico y Social es un ejemplo elocuente) en donde historiadores aprenden el *métier* compartiendo espacios de formación interdisciplinarios. Cuesta imaginar, por ejemplo, la historia reciente de la argentina, especialmente su aspecto más oscuro y atroz como la última dictadura, sin el intercambio de saberes y el trabajo conjunto entre las disciplinas.

Nuestro presente augura un futuro también en este sentido. La muerte de Santiago Maldonado reactualiza, una vez más, la sospecha de la violencia del estado y nacionaliza conflictos que en los espacios locales eran ya evidentes: los derechos indígenas violentados y/o todavía incumplidos. A la par, la necesidad de reconocer (ayer, hoy y seguramente mañana) la heterogeneidad cultural y étnica de la nación argentina. Historiadores, antropólogos, etnólogos, juristas, sociólogos, tenemos muchísimo que aportar asesorando a los poderes públicos y batallando contra el “sentido común” que todavía pregona “verdades” (y disparates) que hace tiempo fueron saldadas en el campo académico.

XXXXXX

Los historiadores profesionales estamos perdiendo la desconfianza, y aprehendiendo las herramientas, en convertir nuestro trabajo para audiencias más amplias. La creciente popularidad de films históricos y de libros de historia –especialmente biografías- revela que hay un público, públicos, interesado en el pasado y que hoy los historiadores dudamos menos en satisfacer. Este “apetito por la historia” es en parte una respuesta a las demandas del presente. Naturalmente que no es una especificidad argentina, pero en nuestro país determinadas coyunturas o procesos lo estimularon significativamente: la crisis del 2001 disparó una demanda amplia de conocimiento sobre el pasado ¿qué nos pasó? ¿Cómo fue posible desembocar en el desastre? También la última dictadura, que además activa la memoria/as en tanto manera en que los sujetos construyen un sentido de ese período. Se han multiplicado los actores individuales e institucionales que en el espacio público debatían y debaten sobre el pasado, especialmente a través de las fechas y las conmemoraciones. Periodistas, documentalistas, amateurs y por supuesto el estado multiplican los discursos, la puesta en escena y los espacios de discusión. Este marco desafió y/o presionó a los historiadores profesionales que tuvieron y tienen que reinventar las maneras para hacer audible y entendible

los saberes que producen. Más que otrora, hay quienes creemos que es posible adherir a los estándares profesionales de la evidencia y la argumentación y usarla en la divulgación y en las intervenciones públicas. La divulgación es hoy una práctica historiadora posible y alentada tanto por las universidades públicas como por el principal organismo encargado de financiar la investigación en la argentina: el Conicet.

Esta mayor participación en el espacio público profundizó la importancia de la narración, del lenguaje y de la escritura en el conocimiento histórico que, por motivos muy distintos, se venía instituyendo como práctica inherente a la producción de la historia. Superado el huracán post-moderno, restituido el principio de realidad que guía nuestro trabajo de investigación, consagrada la separación entre referente y representación; la estructura discursiva no es más subsidiaria, epifenómeno, del objetivo de conocer el pasado. Ya sea porque responde a la lógica interna de transmisión del conocimiento, ya sea porque se relacione con la supuesta mayor accesibilidad en tanto forma discursiva, o como secuela –muy a pesar de la mayoría de los practicantes profesionales de la disciplina- del giro lingüístico; la estructura narrativa y la forma de escribir son indisociables de la producción del conocimiento histórico. El cómo se dice es tan importante como el qué se dice sin que esto implique, obviamente, renunciar a la búsqueda de la veracidad de los hechos, de la precisión y del vocabulario técnico que permita la construcción de la objetividad que, como siempre pregonó la disciplina, se nutre de documentos identificables.

XXXXXX

Hacer historia sigue siendo un esfuerzo por comprender lo que pasó y por qué pasó. Identificar las causas y las condiciones múltiples, jerarquizarlas. Pensarlas en el espacio y en el tiempo, que es una continuidad tanto como una sucesión de momentos discontinuos. Los documentos, una aproximación crítica y selectiva a un abanico por momentos infinito, son la condición de posibilidad para el inicio de un trabajo de ensamblaje, entrecruzamiento, verificación, distanciamiento e interpretación.

Hoy como otrora, y gracias a la historia, habité en varias personas y atravesé varios tiempos y lugares. Como es sabido, cada vez que nos sumergimos en un nuevo tema, objeto, momento histórico particular; estamos obligados, para hacerlo, de re-pensar en primera persona. Hay, sostiene Antoine Prost (2000) en un bello artículo, que ponerse en lugar de los hombres que estudiamos, en lo que vivieron, sintieron y pensaron. Los objetos y herramientas con los que contaron, su percepción del mundo, deseos y aspiraciones. Es una suerte de rastros de experiencias. Así, gracias a la historia he podido vivir varias vidas: jugué al mus y tomé un vaso de vino en un modesto despacho de bebidas del Paseo de Julio –hoy Leandro N. Alem-; a inicios del siglo XX fui a un café ubicado en la calle 25 de mayo y sentí las miradas masculinas reprobatorias pues “las buenas mujeres” no

debían ir allí; en mi imaginación me vestí de caballero y desafié a un duelo en 1916; me disfrace de enfermera y fui al funeral de Eva Perón; conocí el inmenso alivio de estar viva en 1983; sufrí y me empoderé en las marchas del silencio pidiendo que se esclarezca y se haga justicia por el crimen de María Soledad. Estas experiencias multiformes fueron parte de mi experiencia de historiadora, pertenecen a esos momentos de empatía y de pasión, de compromiso e involucramiento con “mis” objetos. Momentos que caen, que se abandonan, cuando se restituye la historia como práctica intelectual guiada por la elucidación, la distancia y la razón.

Una mirada retrospectiva hasta mis primeras experiencias con la disciplina de manera sistemática, muestra de manera evidente que hemos construido un pasado “argentino” más complejo y más diverso. Más interesante y seguramente más fiel. Asistimos a un prometedor movimiento de descentramiento geográfico y temático que permite imaginar un reconfiguración del porteñocentrismo, y su región pampeana, todavía hegemónico. Queda mucho por saber y seguramente habrá mucho más por descubrir. La comunidad tiene muchas voces, rostros, enfoques y perspectivas. El pluralismo metodológico y el *carrefour* de modelos explicativos son hoy mucho más potentes. La necesidad y/o presión por producir conocimiento en un tiempo corto y que se traduzca en publicaciones es hoy evidente. ¿Cuánto incide esta premura en las preguntas que nos hacemos y en las respuestas que ofrecemos? No hay que esperar a terminar la tesis de doctorado para iniciarse en el camino de las publicaciones. El libro propio, en distintos formatos, todavía integra nuestro horizonte de referencia y de expectativas, pero el artículo gana centralidad y tiende a primar, como indicador de calidad y cantidad, en las evaluaciones académicas. Atravesé como estudiante e historiadora profesional varios “tournants critiques”, crisis, desafíos y agudos cuestionamientos a los modelos interpretativos hegemónicos. De manera grosera y tosca podría decir que allí donde se buscaba develar los mecanismos y el poder de dominación que determinaba las conductas colectivas del pasado, se tiende hoy a escudriñar en la capacidad de los actores en sociedad de negociar, criticar, resistir y proponer. Allí donde se postulaban interpretaciones e intelecciones totalizantes de los hechos sociales, tendemos a asumir la diversidad de escalas, los consensos y los conflictos. Hoy es legítima la pregunta de cómo pensar un modo de conocimiento histórico construido no sólo, y no siempre, sobre regularidades sino también sobre casos singulares.

A pesar de la tenaz vigilancia de la disciplina que sin cesar vela sobre las fronteras y también sobre las jerarquías de las capillas historiográficas, es impresionante la cantidad de temas, de objetos y de materialidades que los historiadores hacemos nuestros. Se estabilizó el género que hoy es parte constitutiva de la reflexión y de los dispositivos de inteligibilidad del pasado. La historia cultural, sin entrar en los detalles sobre sus vertientes y variantes, es hoy miembro de pleno derecho entre la comunidad de historiadores. La ruptura con el pasado, la distancia con el presente, como garantía y posibilidad

del conocimiento histórico objetivable no es sostenido por, casi, nadie. Muy por el contrario, la primacía de lo “contemporáneo”, de la “historia reciente”, es quizás la categoría dominante desde hace varios años: se observa en los programas, la oferta de seminarios, la participación en los congresos y el número de estudiantes interesados. Retomamos la comparación y hay una tendencia a perseguir las transferencias culturales con aproximaciones transnacionales. Como sostiene Roger Chartier, “los historiadores han descubierto, tal vez con tristeza, que no tienen el monopolio sobre la presencia del pasado en el presente; que hay otras formas que son más poderosas que los libros de los historiadores en general. Por un lado, la memoria, la de los individuos, o la memoria institucionalizada de monumentos y de lugares y, por el otro lado, la literatura, el cine y la televisión, que dan una presencia del pasado desde la ficción y tienen una fuerza particular. La pregunta para los historiadores es qué papel deben tener en relación con esas otras formas de presencia del pasado que no corresponden necesariamente a los criterios de la investigación científica”<sup>1</sup>. Definitivamente, no son sólo nuestras voces las que hoy hablan del pasado. Al tiempo que se diversificaron los roles posibles de desempeñar por los historiadores (en la docencia, investigación, divulgación, etc.) crecieron los poderes, las instituciones, y los actores que son convocados a hablar o que no resisten la tentación de movilizar los recursos cognitivos, argumentativos y simbólicos del pasado para descifrar el presente y proponer a futuro.

---

<sup>1</sup> Entrevista publicada en el “Suplemento Ideas” del diario “La Nación”, 24 de septiembre de 2017, p. 3.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Hourcade, E. y Godoy, C. (1995). Luz y Contraluz de una Historia Antropológica. Buenos Aires: Biblos.
- Chartier, R. (1998). Au bord de la falaise. Paris: Albin Michele.
- Prost, A. (2007). Comment l'histoire fait-elle l'historien, en Vigtième siècle. Revue d'histoire, 65, janvier-mars, 2000.